

Aparece claramente un narrador en primera persona, en este caso, el autor del texto, reflejado en los verbos, los pronombres personales (ya en función de Sujeto, ya como Complemento) y los determinantes y pronombres posesivos.

Es especialmente relevante, la insistencia en la reiteración del pronombre de 1ª persona-sujeto “yo, redundante en español (las formas verbales y las otras referencias gramaticales son más que suficientes, especialmente en las formas del Pretérito Perfecto Simple). En el texto, facilita la identificación de la persona de las formas personales del Imperfecto, pero, sobre todo, recalca la fuerte presencia en el texto del YO, escritor relevante, frente a una señorita tras un mostrador, hecho que se aprecia más con la posposición del pronombre a la forma verbal, donde ya es absolutamente redundante a la par que llamativo: “presumía YO, necesitaba YO”. Este egoísmo lingüístico (ego>yo) se recalca con otros elementos, como veremos luego.

La cura de humildad, no obstante, es manifiesta al final del texto, con el CCM: “Con la cabeza baja”.

Está situado en un espacio muy concreto, la entrada de la Facultad de Letras de la Sorbona, una de las Universidades más importantes de Europa, en París, como constata el pie del texto.

El tiempo se sitúa claramente en el pasado, no muy lejano respecto a la fecha de referencia, 1945, aunque no sabemos si corresponde al tiempo de la anécdota, al de la escritura o al de la publicación. Sólo hay un tiempo en presente, de carácter habitual, pues es algo que sigue sucediendo a la fecha de referencia: solamente se accede con autorización.

La sucesión de Imperfectos y Pretéritos Imperfectos Simples se corresponde con el valor terminativo o durativos de los correspondientes significados verbales, sin apenas valor expresivo.

La sintaxis es muy sencilla. Predomina, de forma llamativa, la yuxtaposición de oraciones. Y de vez en cuando, coordinadas copulativas u oraciones simples. Sólo hay una oración condicional, la subordinada con dos proposiciones coordinadas copulativas, y la principal con una oración interrogativa. Justamente, esta se convierte en el motivo principal del texto. Azorín ha preferido una estructura diferente para el objetivo principal del texto. Mediante la interrogación retórica trata de convencer a los lectores de que su pretensión no podía ser menos que atendida, por tratarse de un asunto nimio, más siendo él un escritor de renombre.

Recordemos que es un texto narrativo, contado desde el pasado. Desde los “peros” iniciales, notamos que su pretensión no va a ser atendida, a pesar suyo. Azorín va graduando esta idea de forma magistral. Sin llegar a plantear la cuestión ante la señorita, ya sube con “cierto temor”. A partir de aquí, la adjetivación y los valores connotativos de los sustantivos nos muestran que su pretensión es irrealizable: “rotunda negativa”(metáfora), “fría indiferencia”(sinestesia). Pasa de la “ufanía” a la “súplica flébil”, del “edulcorarse” al “desabrimiento”. Imposible conmovier a aquella señorita, que se comporta como una verdadera juez: en el texto empiezan a abundar los términos de resonancia jurídica: “alegué, compulsar, deber estricto, ruegos, ablandar”.

Aunque su pretensión, era sencilla. De hecho, en el texto, se acumulan las repeticiones y paralelismos de la misma idea: “solo un minuto/momento”, “no era más que un minuto/momento”. Al final, tuvo que claudicar, “con la cabeza baja”.

Pasa del pórtico de la biblioteca al banco del zaguán. Azorín demuestra el gusto por el léxico terruñero, de sabor popular, conjugado con el léxico más culto. Las dos aclaraciones léxicas (una de cada lado) nos indican que se ha perdido uno y que no se ha llegado al otro. Pero Azorín, para algo era académico, “académico español”, como repite con bastante ironía, burlándose de él mismo por querer saltarse las normas que sabía, desde el principio, no podía saltarse.